

xI.—Pág. 119. Habita el cielo una potencia divina...

Ficcion que forma contraste con la escena precedente, y transicion para volver del cielo á la tierra. Muchas veces se ha pintado la Esperanza, y yo me he arriesgado á hacer de ella un retrato nuevo.

xII.—Pág. 119. Una túnica azul...

San Crisóstomo describe así la vestidura de las vírgenes de su tiempo: «Una túnica azul sujeta con un cinturón, zapatos negros y puntiagudos, un velo blanco sobre la frente y un manto negro que les cubría la cabeza y todo el cuerpo. Las pinturas que se hacen de la Virgen parece sacar su origen de esto.» (FLEURI, *Cost. Crist.*, cap. LII.)

xIII.—Pág. 119. Marcia...

Es uno de los mejores trozos de Lucano:

Sicut erat, moesti servans Iugubria cultus  
Quoque modo natos, hoc est amplexa maritum.  
Obsita funerea celatur purpura lana.  
Non soliti lucere sales, nec more Sabino  
Excepit tristis convicia fasta maritus  
Pignora nulla domus: nullis coiere propinquit.  
Junguntur, taciti contentique auspice Bruto

(LUCAN., *Phars.*, lib. II.)

xIV.—Pág. 119. Raudos bajeles de la Ausonia...

Este cántico es tal vez el pedazo en que mas cuidado y estudio he puesto en toda la obra. Yo hubiera deseado que la cancion de muerte de mi jóven Griega fuese tan suave como su voz, y tan armoniosa como la lengua en que se supone que habla Cimodocea. Esta especie de himno fúnebre es del gusto de la antigüedad homérica. ¿Cómo hubiera podido Cimodocea cantar sus pesares con una lira cristiana? Sola, sumida en un calabozo, sin maestro, sin instruccion, sin guia, deben resentirse necesariamente sus sentimientos de los errores de su primera educacion; mas no obstante ella conoce que peca, y se reprende inocentemente un lenguaje que su ignorancia disculpa.

xV.—Pág. 121. Yo te saludo sagrada túnica.

Despues de haber visto la mujer se encuentra la cristiana.

xVI.—Pág. 121. Los confesores admiraban á los fieles... no deseaban ver correr la sangre de sus hermanos.

Lejos de querer que se espusiesen al martirio, la Iglesia condenaba á los que se entregaban á él inútilmente, y aconsejaba la fuga en caso de persecucion. (Véase á SAN CIPRIANO.)

xVII.—Pág. 122. En la vertiente del monte Esquilino se elevaba un retiro habitado en otro tiempo por Virgilio...

Me han enseñado, estando en Roma, las supuestas ruinas de esta casa.

xVIII.—Pág. 122. Un laurel...

He colocado en la puerta de la casa de Virgilio el laurel que está pintado en Nápoles sobre su sepulcro.

xIX.—Pág. 122. Abjura esos altares...

Esta es la prueba mas terrible que habia sufrido Cimodocea. Todo se le debe perdonar, puesto que es tan fuerte que no sucumbe á los ruegos de su padre: Santa Perpétua pasó por la misma prueba.

xx.—Pág. 122. Ostentando el cetro de oro...

Como mi parecer particular no obliga á nadie á aprobar lo que escribo, diré que este ángel del sueño es, entre todas las ficciones de los Mártires, la que prefiero, y la que he compuesto con mas gusto. No puedo menos de creer que un hombre, con mas talento que yo, podría sacar, de la accion de los ángeles y de los santos, un género de bellezas que igualaría cuando menos las oraciones mitológicas. No es decir

que yo condene estas, sino solo añadir algo mas á las riquezas de los poetas.

### LIBRO VIGÉSIMO-CUARTO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 123. Desde la cintura hasta la cabeza...

Los pormenores de esta enfermedad de Galerio son históricos, y no he hecho mas que traducir á Lactancio (*de Mor. Persecut.*) La respuesta del médico, que refiero mas abajo en mi testo, es igualmente cierta.

II.—Pág. 123. Esta franqueza causó á Galerio temibles arranques...

No fue siempre así: sujetado Galerio por la ira celeste, dió edictos en favor de los cristianos: pero ya fue tarde, y la mano de Dios, no se retiró de encima de la cabeza del perseguidor.

III.—Pág. 123. Los distantes montes lejanos de la Sabina...

Este hermoso color de montañas de Sabina lo han podido notar cuantos han hecho el viaje á Poma.

IV.—Pág. 123. Otra... una sombrilla.

Especie de sombrero romano para guardarse del sol.

V.—Pág. 124. La muchedumbre vomitada por los pórticos...

Las aberturas por donde entraba la turba en el teatro se llamaban vomitorios. Yo he hecho esta descripcion en vista del conocimiento que tengo del coliseo de Roma, de las arenas de Nimes, y del anfiteatro de Verona. En cuanto á las verjas de oro, á las aguas perfumadas, estatuas, pinturas, vasos preciosos, etc., se pueden consultar la mayor parte de los historiadores latinos; y Gibbon (*Fall of the Roman Empire*) ha reunido las autoridades. Algunas veces hacian parecer hipopótamos y cocodrilos en los canales que habia alrededor de la arena; en cuanto al número de leones, no me hubiera atrevido á fijarlo á quinientos, si no lo hubiese encontrado referido en una descripcion de los juegos. Las cavernas en que encerraban las fieras, tenian dos salidas; una al exterior, y otra al interior del edificio. Habia ciertas bóvedas (*fornice*) que servian de lugares de prostitucion. (HORACIO.)

VI.—Pág. 125. En los infaustos días de Neron...

En una fiesta que dió Tigelino á Neron, se presentaron las primeras damas romanas confundidas en los palcos con las cortesanas enteramente desnudas.

VII.—Pág. 126. Una frente de diamante...

Escritura. Este versículo se lee aun en el día en las *Fiestas de los Mártires*.

VIII.—Pág. 126. Compuesto en Cartago por Agustin, amigo de Eudoro.

Yo he seguido una tradicion que atribuye el *Te Deum* á San Agustin. Así, de los dos amigos de la juventud de Eudoro, el uno le envia su esposa cristiana para morir con él, y el otro compone un himno para su muerte.

IX.—Pág. 126. EUDORO CRISTIANO.

Hicieronle dar vuelta al anfiteatro, con un letrado delante, en el que estaban escritas estas palabras en latin: «Atalo cristiano.» (Martirio de San Potino, *Actas de los Mártires*, tomo I, pág. 88.)

X.—Pág. 126. ¡Oh Roma! ¡Veo á un príncipe...

He aquí bien anunciado, me parece el reinado de Constantino y el triunfo de la religion, y esta profecía se encuentra bien colocada en boca de Eudoro.

XI.—Pág. 126. No habreis de emplear...

Alusion á la muerte de Vitelo. Los soldados le picaban la barba con la punta de sus espadas para obligarle á levantar la cabeza.

XII.—Pág. 126. La única que habia quedado...

Pequeña circunstancia preparada ya desde mucho tiempo en el libro IX.

XIII.—Pág. 126. Los gladiadores quisieron...

«Luego que llegaron á las puertas del anfiteatro, quisieron ponerles la vestidura consagrada por los paganos para sus sacrilegas ceremonias: á los hombres la túnica de los sacerdotes de Saturno, etc.» (*Act. Mart.*, in Sanct. Perpet.)

XIV.—Pág. 126. Le reproduce el presentimiento que en otro tiempo...

Véase el fin del libro IV.

XV.—Pág. 126. El emperador no habia llegado aun...

Esto da tiempo para volver á Cimodocea, y para ver el cumplimiento de la escena que pasa en el cielo, mientras que esta misma escena se acaba sobre la tierra.

XVI.—Pág. 127. Y tu honor de la piadosa y fiel ciudad...

San Polin y San Ireneo, en Leon de Francia.

XVII.—Pág. 127. Agregaron á estos metales tres destellos de la venganza eterna...

Con esto se ve que no hay belleza alguna en la mitología de los antiguos que nose pueda trasladar á lo maravilloso cristiano. Véase á Virgilio, sobre los rayos de Júpiter.

XVIII.—Pág. 127. El arcángel pone un pié sobre el mar y otro sobre la tierra.

«Et vidi alium angelum fortem descendentem de celo... Et posuit pedem suum dextrum super mare, sinistrum autem super terram.» (*Apocal.*, cap. X, v. 1 y 2).

XIX.—Pág. 127. Vuelve á el pozo del abismo, donde serás encadenado por espacio de mil años...

«Et vidi angelum descendentem de celo, habentem clavem abyssi et catenam magnam in manu sua et apprehendit draconem, serpentem antiquum, qui est diabolus et Satanás, et ligavit eum per annos mille.» (*Apocal.*, cap. IX, v. 1 y 2). Aquí acaba la accion sobrenatural: Satanás, Astarte, el demonio de la falsa sabiduria y el del homicidio, quedan sepultados en el abismo; así va conociendo el lector la suerte de todos los personajes sobrenaturales y humanos á quienes ha visto figurar en la obra.

XX.—Pág. 127. Levanta la cabeza, y ve al ejército de los Mártires...

El original de este cuadro se encuentra en Homero, cuando pinta á los dioses destruyendo las murallas de los griegos. Virgilio lo ha imitado en el libro II de la *Encida*, donde supone que Eneas ve á los dioses minando los cimientos de Troya y del palacio de Priamo. El Taso muestra las milicias celestes dando el último asalto á Jerusalén, con los cruzados vencedores. En fin, yo me he servido tambien de la misma imagen para representar la caída de los templos de la idolatría.

XXI.—Pág. 127. Una escalera maravillosa...

«Percibi una escalera de oro, de prodigiosa altura, que llegaba desde la tierra hasta el cielo... Asture subió por ella primero... Habiendo llegado felizmente á lo alto de la escalera, se vuelve hácia mí, y me dice: Perpétua, os espero...» (*Act.*, *Mártir*, in Sancta Perpétua.)

XXII.—Pág. 127. Puede reprimir los sollozos... la piedad filial...

Una jóven de diez y seis años que se ve espuesta á una prueba semejante, y que la supera con valor, no puede tildarse de flaqueza. Confieso que yo no tendria una opinion muy ventajosa del juicio y aun del valor de los cristianos que exigiesen mayor heroismo, la exageracion en todo indica debilidad:

Rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable.

Por otra parte, no creo nos estuviese bien ahora el aparentar rigorismo en materia de religion; sondeemos bien nuestros corazones, veamos lo que somos, y en seguida podremos juzgar á Cimodocea.

XXIII.—Pág. 128. He leído en tus libros santos...

Si la hija de Homero no conoce todavia bastante bien la Religion Cristiana, sabe por lo menos lo que ha menester para morir.

XXIV.—Pág. 128. Saca de su dedo un anillo...

«En seguida quitándose un anillo de su dedo, lo empapa en su sangre, y dándosele á Pudens, le dice: recibido como una prenda de nuestra amistad, y que la sangre de que está teñido os haga acordar de la que derramo hoy por Jesucristo.» (*Act. Martyr*, in Sancta Perpétua.)

XXV.—Pág. 128. Demodoco va á conocer la verdadera luz...

Profecía de Eudoro, que indica el fin de Demodoco, y deja tranquilo al lector sobre el destino de este desgraciado anciano.

XXVI.—Pág. 128. ¡Oh Cimodocea! ya te habia predicho...

En el libro XV, cuando la separacion de los dos esposos en Atenas.

XXVII.—Pág. 128. Soy cristiano que pide el combate.

Nada era mas comun entonces que el ver á los cristianos denunciarse repentinamente á sí mismos, á la vista de los tormentos que sufrían sus hermanos. Doroteo muere aquí como Policutes, derribando los ídolos: el ardor de su celo, sus imprecaciones contra los ídolos y los idólatras, forman contraste con la paciencia, la resignacion y la moderacion de Eudoro.

XXVIII.—Pág. 129. Bájase el puente que establecia la comunicacion entre el palacio...

Dicen que Tito pasaba de su palacio al anfiteatro por un puente que bajaban cuando llegaba este caso. Enseñase en Roma á todos los viajeros el paraje en que caia este puente sobre el muro del coliseo.

XXIX.—Pág. 129. Temia que una muerte tan casta...

Algunas personas hubieran deseado que Eudoro no profriese esta especie de último suspiro de la flaqueza humana: páreceme, al contrario, que la accion de Eudoro está conforme con la naturaleza, sin ofender la religion. Cuando Santa Perpétua se encaminaba al martirio, «tenia los ojos bajos, dicen las *Actas*, por el temor de que su peregrina hermosura causara, contra su voluntad, los efectos maravillosos, que como se sabe, son capaces de causar unos hermosos ojos.» (*Act. Martyr*, in Sanct. Perpet., trad. de Maupertuy, tomo I, pág. 163.) Yo pienso que esto me justifica bastante bajo todos los respectos religiosos; pues igual sentimiento esperimen-

ta Eudoro, cuando no quiere que la muerte de Cimodocea sea mancillada con la sombra de un pensamiento impuro, no solo por parte de él, sino tambien por la de aquellos que la iban á presenciar. «No creo tampoco que sea la *espresion* la que se me critique; la *espresion* de las *Actas* de Santa Perpetua es algo mas franca y sencilla que la mia. ¿Reprenderá acaso en esta accion el ultimo impulso de un amor casto, que arde en el corazon de un esposo por su esposa? ¿Qué pensaríamos en este caso del Olindo del Taso, que atado sobre la hoguera del martirio con Sofronia, conversa, no con su esposa, sino con su amante, de la pasion que siente por ella? Seria menester que los que critican supiesen á lo menos lo que dicen, que conociesen las autoridades, y no se espusiesen á mostrar á la vez su falta de juicio, su ignorancia, ó su mala fe.

xxx.—Pág. 129. ¡Ay, sálvame!

Este es el grito de la naturaleza. Si, como lo he observado, se han visto á algunos jóvenes misioneros dar gritos en medio de los tormentos que les hacian sufrir los salvajes, podrá extrañarse que una jóven de diez y seis años haya tenido miedo por un momento á un tigre que va á echarse sobre ella para devorarla? Digamos mas: ofenderia el querer exigir mas fortaleza en Cimodocea de la que ella manifiesta. ¡Ojalá que en semejante caso pudiésemos nosotros morir con tanto valor! Yo desconfío de este heroísmo, tan fácil en el rincón del hogar, cuando no hay que combatir. Acordémonos de esta bella palabra de la Escritura: *Nec gloriatur accinctus aquie ut discinctus*. (REG. lib. III, cap. XX, v. II.)

xxxii.—Pág. 129. El calor abandona los palpitantes miembros...

Aquí se corre la cortina. Hubiera sido fácil explicar las particularidades del martirio; pero con esto no hubiera yo hecho mas que presentar un espectáculo horrible y asqueroso. La parte de terror, si lo hay aquí, se encuentra antes de la aparicion del tigre: una vez suelto el tigre en la arena, todo acaba; y no se ve nada de lo que se esperaba ver. Este engaño está mandado por el arte. Y conviene á mi asunto, que debe mostrar el martirio como un trinito y no como una desgracia. Añádase á esto que en los pormenores de la muerte de los dos jóvenes esposos, la imaginacion del lector hubiera ido siempre mucho mas lejos que la mia.

xxxii.—Pág. 129. LOS DIOS SE AUSENTAN.

La obra acababa aquí; pero el párrafo que se ha añadido completa la accion.

No puedo explicar el placer con que termino estas notas. Tener en cada frase, y por decirlo así en cada palabra, que censurar un error de la crítica; verse obligado á citar autoridades sobre puntos que no hubieran sufrido en otro tiempo la mas leve dificultad; constituirse uno mismo juez de su obra: no creo que haya para un autor trabajo mas penoso. De todos modos, ya están tranquilos mis enemigos, y no espero de ellos ninguna justicia. Ellos saben que no les responderé mas; triunfen, pues con seguridad, redoblen si quieren, sus ultrajes; mas prefiero yo ser victima que autor de sus escritos.

FIN DE LAS NOTAS.

# ÍNDICE

DE LOS LIBROS QUE CONTIENE ESTA OBRA.

	Pág.	Pág.
<b>LIBRO PRIMERO.</b>		
SUMARIO:—Invocacion. Esposicion. Diocleciano empuña las riendas del imperio romano. Bajo el gobierno de este principe, los templos del verdadero Dios empiezan á disputar el incienso á los templos de los ídolos. Prepárase el infierno á dar la última batalla para derribar los altares del Hijo del hombre. El Eterno permite á los demonios que susciten persecuciones contra la Iglesia, para someter á prueba la fe de los fieles, quienes saldrán victoriosos de esta prueba; el estandarte de la salvacion será colocado sobre el trono del universo, y el mundo deberá esta victoria á dos victimas escogidas por Dios. ¿Quiénes son estas victimas? Apóstrofe á la Musa que las dará á conocer. Familia de Homero. Demodoco, último descendiente de los Homeridas, sacerdote de Homero, en el templo de este poeta, situado sobre el monte Itomo, en la Mesenia. Descripcion de este país. Demodoco consagra al culto de las Musas á su hija única Cimodocea, para sustraerle á las persecuciones de Hierocles, procónsul de Acaya y favorito de Galerio. Cimodocea asiste acompañada de su nodriza á la fiesta de Diana. Linnátide extravíase en el camino y encuentra á un joven dormido á la margen de una fuente. Eudoro acompaña á Cimodocea á casa de Demodoco. Demodoco parte con su hija para ofrecer presentes á Eudoro y tributar gracias á la familia de Lastenes.	8	
<b>LIBRO TERCERO.</b>		
SUMARIO:—La oracion de Cirilo sube al trono del Todopoderoso. El cielo. Los ángeles, los santos. Tabernáculo de la Madre del Salvador. Santuario del Hijo y del Padre. El Espíritu Santo. La Trinidad. La oracion de Cirilo se presenta al Eterno; el Eterno la recibe, pero declara que el obispo de Lacedemonia no es la victima que debe rescatar á los cristianos. Eudoro es la victima escogida. Motivos de esta eleccion. Las milicias celestiales toman las armas. Cántico de los santos y de los ángeles.	14	
<b>LIBRO CUARTO.</b>		
SUMARIO:—Cirilo, la familia cristiana, Demodoco y Cimodocea se reúnen en una isla en la confluencia del Ladonte y del Alfeo, para oír del hijo de Lastenes el relato de sus aventuras. Principio de la narracion de Eudoro. Origen de la familia de Lastenes. Opónese á los romanos, cuando invadieron la Grecia. El primogénito de la familia de Lastenes se ve precisado á entregarse en rehenes á Roma. La familia de Lastenes abraza el Cristianismo. Infancia de Eudoro. Parte á diez y seis años á reemplazar á su padre á Roma. Tempestad. Descripcion del Archipiélago. Llegada de Eudoro á Italia. Descripcion de Roma. Eudoro contrae una estrecha amistad con Gerónimo, Agustin y el principe Constantino, hijo de Constancio. Caracteres de Gerónimo, Agustin y Constantino. Eudoro es presentado en la corte. Diocleciano, Gale-	3	
<b>LIBRO SEGUNDO.</b>		
SUMARIO:—Llegada de Demodoco y Cimodocea á Arcadia. Encuentran á un anciano en el sepulcro de Aglao de Psphis. Este anciano conduce á Demodoco al campo en que la familia de Lastenes hace la siega. Cimodocea reconoce á Eudoro. Demodoco descubre que la familia de Lastenes es cristiana. Vuelven á la casa de Lastenes. Costumbres cristianas. Oracion de la noche. Llegada de Cirilo, con-		